

lo que no es tan natural ni tan forzoso hacer los hijos por los padres, porque el amor que el padre tiene á su hijo descende, y el descender es caminar sin trabajo, y el amor del hijo con el padre asciende y sube, que es caminar cuesta arriba, de donde ha nacido aquel refrán: *Un padre para cien hijos, antes que cien hijos para un padre.* Con estas pláticas y otras entretenían el camino por Francia, la cual es tan poblada, tan llana y apacible, que á cada paso se hallan casas de placer, adonde los señores dellas están casi todo el año, sin que se les dé algo por estar en las villas ni en las ciudades. A una destas llegaron nuestros viandantes, que estaba un poco desviada del camino real.

Era la hora del mediodía, herían los rayos del sol derechamente á la tierra, entraba el calor, y la sombra de una gran torre de la casa les convidó á que allí esperasen á pasar la siesta, que con calor riguroso amenazaba. El solcito Bartolomé desembarazó el bagaje, y tendiendo un tapete en el suelo, se sentaron todos á la redonda, y de los manjares, de quien tenia cuidado de hacer Bartolomé su repuesto, satisficieron la hambre, que ya comenzaba á fatigarles; pero apenas habían alzado las manos para llevarlo á la boca, cuando alzando Bartolomé los ojos, dijo á grandes voces: Apartaos, señores, que no sé quién baja volando del cielo, y no será bien que os coja debajo. Alzaron todos la vista, y vieron bajar por el aire una figura que antes que distinguiesen lo que era ya estaba en el suelo junto casi á los pies de Periandro, la cual figura era de una mujer hermosísima, que habiendo sido arrojada desde lo alto de la torre, sirviéndole de campana y de alas sus mismos vestidos, la puso de pies en el suelo sin daño alguno, cosa posible sin ser milagro: dejola el suceso atónita y espantada, como lo quedaron los que volar la habían visto: oyeron en la torre gritos que los daba otra mujer, que abrazada con un hombre parecia que pugnaban por derribarse el uno al otro: Socorro, socorro, decia la mujer, socorro, señores, que este loco quiere despeñarme de aquí abajo. La mujer voladora, vuelta algun tanto en sí, dijo: Si hay alguno que se atreva á subir por aquella puerta, señalándoles una que al pié de la torre estaba, librándole del peligro mortal á mis hijos y á otras gentes flacas que allí arriba están. Periandro, impelido de la generosidad de su ánimo, se entró por la puerta, y á poco rato le vieron en la cumbre de la torre abrazado con el hombre que mostraba ser loco, del cual, quitándole un cuchillo de las manos, procuraba defenderse; pero la suerte, que quería concluir con la tragedia de su vida, ordenó que entrambos á dos viniesen al suelo, cayendo al pié de la torre, el loco pasado el pecho con el cuchillo que Periandro en la mano traía, y Periandro vertiendo por los ojos, narices y boca cantidad de sangre, que como no tuvo vestidos anchos que le sustentasen, hizo el golpe su efecto, y dejóle casi sin vida. Auristela, que así le vió, creyendo indubitavelmente que estaba muerto, se arrojó sobre él, y sin respeto alguno, puesta la boca con la suya, esperaba á recoger en sí alguna reliquia, si del alma le hubiese quedado; pero aunque le hubiera quedado no pudiera recibilla, porque los traspillados dientes le negaran la entrada. Constanza dando lugar á la pasión no le pudo dar á mover el paso para ir á socorrerla, y quedóse en el mismo sitio donde la halló el golpe, pegada los pies al suelo como si fueran raíces, ó como

si ella fuera estatua de duro mármol formada. Antonio su hermano acudió á apartar los semivivos y á dividir los que ya pensaba ser cadáveres: solo Bartolomé fué el que mostró con los ojos el grave dolor que en el alma sentía, llorando amargamente.

Estando todos en la amarga aflicción que he dicho, sin que hasta entónces ninguna lengua hubiese publicado su sentimiento, vieron que hácia ellos venía un gran tropel de gente, la cual desde el camino real había visto el vuelo de los caídos, y venían á ver el suceso; y era el tropel que venía las hermosas damas francesas Deleasir, Belarminia y Feliz Flora: luego como llegaron conocieron á Auristela y á Periandro, como á aquellos que por su singular belleza quedaban impresos en la imaginación del que una vez los miraba: apenas la compasión les había hecho apearse para socorrer, si fuese posible, la desventura que miraban, cuando fueron asaltados de seis ó ocho hombres armados, que por las espaldas les acometieron. Este asalto puso en las manos de Antonio su arco y sus flechas, que siempre las tenía á punto, ó ya para ofender ó ya para defenderse: uno de los armados, con descortés movimiento asíó á Feliz Flora del brazo, y la puso en el arzon delantero de su silla, y dijo volviéndose á los demás compañeros: Esto es hecho; esta me basta; démos la vuelta. Antonio, que nunca se pagó de descortésias, pospuesto todo temor, puso una flecha en el arco, tendió cuanto pudo el brazo izquierdo, y con la derecha estiró la cuerda, hasta que llegó al diestro oído, de modo que las dos puntas y extremos del arco casi se juntaron; y tomando por blanco el robador de Feliz Flora, disparó tan derechamente la flecha, que sin tocar á Feliz Flora, sino en una parte del velo con que se cubría la cabeza, pasó al salteador el pecho de parte á parte: acudió á su venganza uno de sus compañeros, y sin dar lugar á que otra vez Antonio el arco armase, le dió una herida en la cabeza, tal, que dió con él en el suelo mas muerto que vivo; visto lo cual de Constanza, dejó de ser estatua, y corrió á socorrer á su hermano; que el parentesco calienta la sangre que suele helarse en la mayor amistad, y lo uno y lo otro son indicios y señales de demasiado amor.

Ya en esto habían salido de la casa gente armada, y los criados de las tres damas apercebidos de piedras, digo, los que no tenían armas, se pusieron en defensa de su señora; los salteadores, que vieron muerto á su capitán, y que segun los defensores acudian, podían ganar poco en aquella empresa, especialmente considerando ser locura aventurar las vidas por quien ya no podia premiarlas, volvieron las espaldas, y dejaron el campo solo. Hasta aquí desta batalla pocos polpes de espada hemos oído, pocos instrumentos bélicos han sonado, el sentimiento que por los muertos suelen hacer los vivos no ha salido á romper los aires, las lenguas en amargo silencio tienen depositadas sus quejas; solo algunos ayes entre roncós gemidos andan envueltos, especialmente en los pechos de las lastimadas Auristela y Constanza, cada cual abrazada con su hermano, sin poder aprovecharse de las quejas con que se alivian los lastimados corazones; pero en fin, el cielo, que tenía determinado de no dejarlas morir tan apriesa y tan sin quejarse, les despegó las lenguas que al paladar pegadas tenían, y la de Auristela prorumpió en razones semejantes:

No sé yo, desdichada, cómo busco aliento en un muer-

to, y cómo ya que le tuviese puedo sentirle, si estoy tan sin él, que ni sé si hablo ni si respiro: ¡ay hermano, y qué caída ha sido esta, que así ha derribado mis esperanzas, como que la grandeza de vuestro linaje no se hubiera opuesto á vuestra desventura! mas ¿cómo podría ella ser grande, si vos no lo fuéades? en los montes mas levantados caen los rayos, y adonde hallan mas resistencia hacen mas daño: monte érades vos, pero monte humilde, que con las sombras de vuestra industria y de vuestra discreción os encubriades á los ojos de las gentes: ventura íbades á buscar en la mia, pero la muerte ha atajado el paso, encaminando el mio á la sepultura: ¡cuán cierta la tendrá la reina vuestra madre, cuando á sus oídos llegue vuestra no pensada muerte! ¡ay de mí, otra vez sola y en tierra ajena, bien así como verde yedra, á quien ha faltado su verdadero arrimo! Estas palabras de reina, de montes y grandezas, tenían atentos los oídos de los circunstantes que les escuchaban, y aumentóles la admiración las que tambien decia Constanza que en sus faldas tenía á su mal herido hermano, apretándole la herida y tomándole la sangre. La compasiva Feliz Flora, que con un lienzo suyo blandamente se la exprimía, obligada de haberla el herido librado de su deshonor: ¡ay, digo, decia, amparo mio! ¿de qué ha servido haberme levantado la fortuna, si me había de derribar al de desdichada? Volved, hermano, en vos, si quereis que yo vuelva en mí, ó si no, haced, ó piadosos cielos, que una misma muerte nos cierre los ojos y una misma sepultura nos cubra los cuerpos; que el bien que sin pensar me había venido, no podia traer otro descuento que la presteza de acabarse. Con esto se quedó desmayada, y Auristela ni mas ni ménos, de modo que tan muertas parecían ellas, y aun mas que los heridos. La dama que cayó de la torre, causa principal de la caída de Periandro, mandó á sus criados, que ya habían venido muchos de la casa, que le llevasen al lecho del conde Domicio su señor: mandó tambien llevar á Domicio, su marido, para dar orden en sepultalle: Bartolomé tomó en brazos á su señor Antonio: á Constanza se lo dió Feliz Flora, y á Auristela, Belarminia y Deleasir, y en escuadrón doloroso y con amargos pasos se encaminaron á la casi real casa.

## CAPITULO XV.

Sanan de sus heridas Periandro y Antonio: prosiguen todos su viaje en compañía de las tres damas francesas. Libra Antonio de un gran peligro á Feliz Flora.

Poco aprovechaban las discretas razones que las tres damas francesas daban á las dos lastimadas Constanza y Auristela, porque en las recientes desventuras no hallan lugar consolatorias persuasiones: el dolor y el desastre que de repente sucede, no de improviso admite consolación alguna, por discreta que sea: la postema duele, mientras no se ablanda, y el ablandarse requiere tiempo, hasta que llegue el de abrirse; y así mientras se llora, mientras se gime, mientras se tiene delante quien mueva al sentimiento á quejas y á suspiros, no es discreción demasiada acudir al remedio con agudas medicinas: llore pues algun tanto mas Auristela, gima algun espacio mas Constanza, y cierrén entrambas los oídos á toda consolación; en tanto que la hermosa Claricia nos cuenta la causa de la locura de Domicio su esposo, que fué, segun ella dijo á las damas francesas, que antes que

Domicio con ella se desposase, andaba enamorado de una parienta suya; la cual tuvo casi indubitables esperanzas de casarse con él; salióle en blanco la suerte, para que ella, dijo Claricia, la tuviese siempre negra; porque disimulando Lorena, que así se llamaba la parienta de Domicio, el enojo que había recibido del casamiento de mi esposo, dió en regalarle con muchos y diversos presentes, puesto que mas bizarros y de buen parecer que costosos, entre los cuales le envió una vez, bien así como envió la falsa Deyanira la camisa á Hércules: digo que le envió unas camisas ricas por el lienzo y por la labor vistosas; apenas se puso una cuando perdió los sentidos, y estuvo dos dias como muerto, puesto que luego se la quitaron, imaginando que una esclava de Lorena, que estaba en opinión de maga, la habría hechizado. Volvió á la vida mi esposo, pero con sentidos tan turbados y tan trocados, que ninguna acción hacia que no fuese de loco, y no de loco manso, sino de cruel, furioso y desatinado, tanto que era necesario tenerle en cadenas; y que aquel dia, estando ella en aquella torre, se había soltado el loco de las prisiones, y viniendo á la torre, la había echado por las ventanas abajo, á quien el cielo socorrió con la anchura de sus vestidos, ó por mejor decir, con la acostumbrada misericordia de Dios, que mira por los inocentes: dijo cómo aquel peregrino había subido á la torre á librar á una doncella á quien el loco quería derribar al suelo, tras la cual tambien despeñara á otros dos pequeños hijos que en la torre estaban; pero el suceso fué tan contrario, que el Conde y el peregrino se estrellaron en la dura tierra, el Conde herido de una mortal herida, y el peregrino con un cuchillo en la mano, que al parecer se le había quitado á Domicio, cuya herida era tal, que no fuera menester servir de añadidura para quitarle la vida, pues bastaba la caída. En esto Periandro estaba sin sentido en el lecho, adonde acudieron maestros á curarle y á concertarle los deslocados huesos; diéronle bebidas apropiadas al caso, halláronle pulsos y algun tanto de conocimiento de las personas que al rededor de sí tenía, especialmente de Auristela, á quien con voz desmayada, que apenas podía entenderse, dijo: Hermana, yo muero en la fe católica cristiana y en la de quererte bien; y no hablo ni pudo hablar mas palabra por entónces. Tomaron la sangre á Antonio, y tentándole los cirujanos la herida, pidieron albricias á su hermana, de que era mas grande que mortal, y de que presto tendría salud, con ayuda del cielo: dióselas Feliz Flora adelantándose á Constanza, que se las iba á dar y aun se las dió, y los cirujanos las tomaron de entrambas, por no ser nada escrupulosos.

Un mes ó poco mas estuvieron los enfermos curándose sin querer dejarlos las señoras francesas: tanta fué la amistad que trabaron y el gusto que sintieron de la discreta conversacion de Auristela y de Constanza, y de los dos sus hermanos, especialmente Feliz Flora, que no acertaba á quitarse de la cabecera de Antonio, amándole con un tan comedido amor, que no se extendía á mas que á ser benevolencia, y á ser como agradecimiento del bien que dél había recibido, cuando su saeta la libró de las manos de Rubertino, que segun Feliz Flora contaba, era un caballero, señor de un castillo que cerca de otro suyo tenía, el cual Rubertino, llevado no de perfecto, sino de vicioso amor, había dado en seguirla y perseguirla, y en rogarla le diese la mano de esposa; pero

que ella por mil experiencias, y por la fama, que pocas veces miente, habia conocido ser Rubertino de áspera y cruel condicion y de mudable y antojadiza voluntad, no habia querido conceder con su demanda, y que imaginaba que acosado de sus desdenes habria salido al camino á roballa y hacer della por fuerza lo que la voluntad no habia podido; pero que la flecha de Antonio habia cortado todos sus crueles y mal fabricados disonios, y esto le movia á mostrarse agradecida. Todo esto que Feliz Flora dijo, pasó así sin faltar punto, y cuando se llegó el de la sanidad de los enfermos, y sus fuerzas comenzaron á dar muestras della, volvieron á renovarse sus deseos, á lo ménos los de volver á su camino, y así lo pusieron por obra acomodándose de todas las cosas necesarias, sin que, como está dicho, quisiesen las señoras francesas dejar á los peregrinos á quien ya trataban con admiracion y con respeto, porque las razones del llanto de Auristela les habian hecho concebir en sus ánimos, que debian de ser grandes señores; que tal vez la majestad suele cubrirse de burriel y la grandeza vestirse de humildad. En efecto, con perplejos pensamientos los miraban: el pobre acompañamiento suyo les hacia tener en estima de condicion mediana, el brio de sus personas y la belleza de sus rostros levantaban su calidad al cielo, y así entre el sí y el no andaba dudosa.

Ordenaron las damas francesas que fuesen todos á caballo, porque la caída de Periandro no consentia que se fiase de sus piés. Feliz Flora, agradecida al golpe de Antonio el bárbaro, no sabia quitarle de su lado, y tratando del atrevimiento de Rubertino, á quien dejaban muerto y enterrado, y de la extraña historia del conde Domicio, á quien las joyas de su prima, juntamente con quitarle el juicio, le habian quitado la vida, y del vuelo milagroso de su mujer, mas para ser admirado que creído, llegaron á un rio que se vadeaba con algun trabajo. Periandro fué de parecer que se buscara la puente, pero todos los demas no vinieron en él; y bien así como cuando al represado rebaño de mansas ovejas, puestas en lugar estrecho, hace camino la una, á quien las demas al momento siguen, Belarminia se arrojó al agua; á quien todos siguieron sin quitarse del lado de Auristela Periandro, ni del de Feliz Flora Antonio, llevando tambien junto á sí á su hermana Constanza: ordenó pues la suerte que no fuese buena la de Feliz Flora, porque la corriente del agua le desvaneció la cabeza de modo, que sin poder tenerse, dió consigo en mitad de la corriente, tras quien se abalanzó con no creida presteza el cortés Antonio, y sobre sus hombros, como á otra nueva Europa, la puso en la seca arena de la contraria ribera. Ella, viendo el presto beneficio, le dijo: Muy cortés eres, español. A quien Antonio respondió: Si mis cortesías no nacieran de tus peligros, estimáralas en algo; pero como nacen dellos, ántes me descontentan que alegran. Pasó en fin el, como he dicho otras veces, hermoso escudron, y llegaron al anochecer á una casería, que junto con serlo, era meson, en el cual se alojaron á toda su voluntad; y lo que en él les sucedió, nuevo estilo y nuevo capítulo pide.

## CAPITULO XVI.

De cómo encontraron con Luisa, la mujer del polaco; y lo que les contó un escudero de la condesa Ruperta.

Cosas y casos suceden en el mundo, que si la imagi-

nacion ántes de suceder pudiera hacer que así sucedieran, no acertara á trazarlos; y así muchos por la raridad con que acontecen, pasan plaza de apócrifos, y no son tenidos por tan verdaderos como lo son, y así es menester que les ayuden juramentos; ó á lo ménos el buen crédito de quien los cuenta; aunque yo digo que mejor sería no contarlos, segun lo aconsejan aquellos antiguos versos castellanos, que dicen:

Las cosas de admiracion  
No las digas ni las cuentes,  
Que no saben todas gentes  
Cómo son.

La primera persona con quien encontró Constanza, fué con una moza de gentil parecer, de hasta veinte y dos años, vestida á la española, limpia y aseadamente, la cual llegándose á Constanza, le dijo en lengua castellana: Bendito sea Dios, que veo gente, si no de mi tierra, á lo ménos de mi nacion española: bendito sea Dios, digo otra vez, que oí decir vuestra merced, y no señoría hasta los mozos de cocina. Desa manera, respondió Constanza, vos, señora, española debeis de ser. Y cómo si lo soy, respondió ella, y aun de la mejor tierra de Castilla. ¿De cuál? replicó Constanza. De Talavera de la Reina, respondió ella. Apénas hubo dicho esto, cuando á Constanza le vinieron barruntos que habia de ser la esposa de Ortel Banedre, el polaco, que por adúltera quedaba presa en Madrid, cuyo marido persuadido de Periandro, la habia dejado presa y idose á su tierra, y en un instante fabricó en su imaginacion un monton de cosas, que puestas en efecto, le sucedieron casi como las habia pensado. Tomóla por la mano, y fuése donde estaba Auristela, y apartándola aparte con Periandro, les dijo: Señores, vosotros estáis dudosos de si la ciencia que yo tengo de adivinar es falsa ó verdadera, la cual ciencia no se acredita con decir las cosas que están por venir, porque solo Dios las sabe, y si algun humano las acierta, es acaso, ó por algunas premisas á quien la experiencia de otras semejantes tiene acreditadas: si yo os dijese cosas pasadas que no hubiesen llegado, ni pudiesen llegar á mi noticia, ¿qué diríades? ¿quereislo ver? Esta buena hija que tenemos delante es de Talavera de la Reina, que casó con un extranjero polaco, que se llamaba, si mal no me acuerdo, Ortel Banedre, á quien ella ofendió con alguna desenvoltura con un mozo de meson, que vivia frontero de su casa, la cual llevada de sus lijeros pensamientos y en los brazos de sus pocos años, se salió de casa de sus padres con el referido mozo, y fué presa en Madrid con el adúltero, donde debe de haber pasado muchos trabajos, así en la prision como en el haber llegado hasta aquí, que quiero que ella nos los cuente, porque aunque yo los adivine, ella nos los contará con mas puntualidad y con mas gracia. ¡Ay cielos santos! dijo la moza, ¿y quién es esta señora que me ha leído mis pensamientos? Quién es esta adivina que así sabe la desvergonzada historia de mi vida? Yo, señora, soy esa adúltera, y soy esa presa y condenada á destierro de diez años, porque no tuve parte que me siguiese, y soy la que aquí estoy en poder de un soldado español que va á Italia, comiendo el pan con dolor y pasando la vida que por momentos me hace desear la muerte: mi amigo, el primero, murió en la cárcel; este, que no sé en qué número ponga, me socorrió en ella, de donde me sacó, y como he dicho, me lleva por esos mundos con

gusto suyo y con pesar mio, que no soy tan tonta que no conozca el peligro en que traigo el alma en este vagabundo estado. Por quien Dios es, señores, pues sois españoles, pues sois cristianos y pues sois principales, segun lo da á entender vuestra presencia, que me saqueis del poder deste español, que será como sacarme de las garras de los leones.

Admirados quedaron Periandro y Auristela de la discrecion sagaz de Constanza, y concediendo con ella, la reforzaron y acreditaron, y aun se movieron á favorecer con todas sus fuerzas á la perdida moza, la cual dijo, que el español soldado no iba siempre con ella, sino una jornada adelante ó atras, por deslumbrar á la justicia. Todo eso está muy bien, dijo Periandro, y aquí darémos traza en vuestro remedio, que la que ha sabido adivinar vuestra vida pasada, tambien sabrá acomodarnos en la venidera: sed vos buena, que sin el cimientito de la bondad no se puede cargar ninguna cosa que lo parezca: no os desvieis por agora á la perdida moza, que la cualidad de vuestro rostro son los mayores contrarios que podeis tener en las tierras extrañas. Lloró la moza, enterneciéndose Constanza, y Auristela mostró los mismos sentimientos, con que obligó á Periandro á que el remedio de la moza buscara. En esto estaban, cuando llegó Bartolomé, y dijo: Señores, acudid á ver la mas extraña vision que habréis visto en vuestra vida: dijo esto tan asustado y tan como espantado, que pensando ir á ver alguna maravilla extraña, le siguieron, y en un apartamiento algo desviado de aquel donde estaban alojados los peregrinos y damas, vieron por entre unas esteras un aposento todo cubierto de luto, cuya lóbrega escuridad no les dejó ver particularmente lo que en él habia; y estándole así mirando, llegó un hombre anciano, todo asimismo cubierto de luto, el cual les dijo: Señores, de aquí á dos horas que habréis entrado una de la noche, si gustais de ver á la señora Ruperta sin que ella os vea, yo haré que la veais, cuya vista os dará ocasion de que os admireis, así de su condicion como de su hermosura. Señor, respondió Periandro, este nuestro criado que aquí está nos convidó á que viniésemos á ver una maravilla, y hasta ahora no hemos visto otra que la deste aposento cubierto de luto, que no es maravilla ninguna. Si volveis á la hora que digo, respondió el enlutado, tendréis de qué maravillaros, porque habréis de saber que en este aposento se aloja la señora Ruperta, mujer que fué apénas hace un año del conde Lamberto de Escocia, cuyo matrimonio á él le costó la vida, y á ella verse en términos de perderla á cada paso, á causa que Claudino Rubicon, caballero de los principales de Escocia, á quien las riquezas y el linaje hicieron soberbio, y la condicion algo enamorado, quiso bien á mi señora, siendo doncella, de la cual, si no fué aborrecido, á lo ménos fué desdeñado, como lo mostró el casarse con el Conde mi señor; esta presta resolucion de mi señora la bautizó Rubicon en deshonra y menosprecio suyo, como si la hermosa Ruperta no hubiera tenido padres que se lo mandaran, y obligaciones precisas que le obligaran á ello, junto con ser mas acertado ajustarse las edades entre los que se casan; que si puede ser, siempre los años del esposo con el número de diez han de llevar ventaja á los de la mujer, ó con algunos mas, porque la vejez los alcance en un mismo tiempo.

Era Rubicon varon viudo y que tenia un hijo de casi

veinte y un años, gentilhomme en extremo y de mejores condiciones que el padre, tanto, que si él se hubiera opuesto á la cátedra de mi señora, hoy viviera mi señor el Conde, y mi señora estuviera mas alegre; sucedió pues, que yendo mi señora Ruperta á holgarse con su esposo á una villa suya, acaso y sin pensar, en un des poblado encontramos á Rubicon con muchos criados suyos que le acompañaban. Vió á mi señora, y su vista despertó el agravio que á su parecer se le habia hecho, y fué de suerte, que en lugar del amor nació la ira, y de la ira el deseo de hacer pesar á mi señora; y como las venganzas de los que bien se han querido sobrepujan á las ofensas hechas, Rubicon despechado, impaciente y atrevido, desenvainando la espada, corrió al Conde mi señor, que estaba inocente deste caso, sin que tuviese lugar de prevenirse del daño que no temia, y envainándose en el pecho, dijo: Tú me pagarás lo que no me debes, y si esta es crueldad, mayor la usó tu esposa para conmigo, pues no una vez sola, sino cien mil me quitan la vida sus desdenes. A todo esto me hallé yo presente; oí las palabras, y vi con mis ojos y tenté con las manos la herida, escuché los llantos de mi señora, que penetraron los cielos: volvímos á dar sepultura al Conde, y al enterrarle, por órden de mi señora se le cortó la cabeza, que en pocos dias con cosas que se le aplicaron, quedó descarnada y en solamente los huesos; mandóla mi señora poner en una caja de plata, sobre la cual puestas sus manos, hizo este juramento: pero olvidaseme por decir, cómo el cruel Rubicon, ó ya por menosprecio, ó ya por mas crueldad, ó quizá con la turbacion descuidado, se dejó la espada envainada en el pecho de mi señor, cuya sangre aun hasta agora muestra estar casi reciente en ella: digo pues, que dijo estas palabras: Yo la desdichada Ruperta, á quien han dado los cielos solo nombre de hermosa, hago juramento al cielo, puestas las manos sobre estas dolorosas reliquias, de vengar la muerte de mi esposo con mi poder y con mi industria, si bien aventurase en ello una y mil veces esta miserable vida que tengo, sin que me espanten trabajos, sin que me falten ruegos hechos á quien pueda favorecerme; y en tanto que no llegare á efecto este mi justo, si no cristiano deseo, juro que mi vestido será negro, mis aposentos lóbregos, mis manteles tristes y mi compañía la misma soledad: á la mesa estarán presentes estas reliquias, que me atormenten el alma; esta cabeza, que me diga sin lengua que vengue su agravio; esta espada, cuya no enjuta sangre me parece que veo, y la que alterando la mia, no me deje sosegar hasta vengarme. Esto dicho, parece que templó sus continuas lágrimas, y dió algun vado á sus dolientes suspiros: háse puesto en camino de Roma para pedir en Italia á sus príncipes favor y ayuda contra el matador de su esposo, que aun todavía la amenaza, quizá temeroso que suele ofender un mosquito mas de lo que puede favorecer un águila. Esto, señores, veréis, como he dicho, de aquí á dos horas; y si no os dejare admirados, ó yo no habré sabido contarlos, ó vosotros tendréis el corazon de mármol: aquí dió fin á su plática el enlutado escudero, y los peregrinos, sin ver á Ruperta, desde luego se comenzaron á admirar del caso.

## CAPITULO XVII.

Del dichoso fin que tuvo el rencor de la condesa Ruperta. La ira, segun se dice, es una revolucion de la sangre

que está cerca del corazón, la cual se altera en el pecho con la vista del objeto que agravia, y tal vez con la memoria: tiene por último fin y paradero suyo la venganza, que como la tome el agraviado, sin razón ó con ella, sosiega: esto nos lo dará á entender la hermosa Ruperta agraviada y airada, y con tanto deseo de vengarse de su contrario, que aunque sabía que era ya muerto, dilataba su cólera por todos sus descendientes, sin querer dejar, si pudiera, vivo ninguno dellos; que la cólera de la mujer no tiene límite: llegóse la hora de que la fueron á ver los peregrinos, sin que ella los viese, y vieronla hermosa en todo extremo, con blanquíssimas tocas que desde la cabeza casi le llegaban á los piés, sentada delante de una mesa, sobre la cual tenía la cabeza de su esposo en la caja de plata, la espada con que le habían quitado la vida, y una camisa que ella se imaginaba que aun no estaba enjuta de la sangre de su esposo. Todas estas insignias dolorosas despertaron su ira, la cual no tenía necesidad que nadie la despertase, porque nunca dormía: levantóse en pié, y puesta la mano derecha sobre la cabeza del marido, comenzó á hacer y á revalidar el voto y juramento que dijo el enlutado escudero; llovian lágrimas de sus ojos, bastantes á bañar las reliquias de su pasión; arrancaba suspiros del pecho, que condensaban el aire cerca y léjos; añadía al ordinario juramento razones que le agravaban, y tal vez parecía que arrojaba por los ojos, no lágrimas, sino fuego, y por la boca, no suspiros, sino humo: tan sujeta la tenía su pasión y el deseo de vengarse. Veisla llorar, veisla suspirar, veisla no estar en sí, veisla blandir la espada matadora, veisla besar la camisa ensangrentada, y que rompe las palabras con sollozos; pues esperad no mas de hasta la mañana, y veréis cosas que os den sujeto para hablar en ellas mil siglos, si tantos tuviédes de vida.

En mitad de la fuga de su dolor estaba Ruperta y casi en los umbrales de su gusto, porque mientras se amenaza descansa el amenazador, cuando se llegó á ella uno de sus criados, como si se llegara una sombra negra, según venía cargado de luto, y en mal pronunciadas palabras le dijo: Señora, Croriano el galán, el hijo de tu enemigo, se acaba de apear agora con algunos criados: mira si quieres encubrirte, ó si quieres que te conozca, ó lo que sería bien que hagas, pues tienes lugar para pensarlo. Que no me conozca, respondió Ruperta, y avisad á todos mis criados, que por descuido no me nombren, ni por cuidado me descubran; y esto diciendo, recogió sus prendas, y mandó cerrar el aposento y que ninguno entrase á hablalla; volviéronse los peregrinos al suyo, quedó ella sola y pensativa, y no sé cómo se supo que había hablado á solas estas ó otras semejantes razones: Advierte, ó Ruperta, que los piadosos cielos te han traído á las manos, como simple víctima al sacrificio, al alma de tu enemigo; que los hijos, y mas los únicos, pedazos del alma son de los padres: ea, Ruperta, olvidate de que eres mujer, y si no quieres olvidarte desto, mira que eres mujer y agraviada; la sangre de tu marido te está dando voces, y en aquella cabeza sin lengua te está diciendo: ¡venganza, dulce esposa mía, que me mataron sin culpa, sí; que no espantó la braveza de Holoférnes á la humildad de Judit: verdad es que la causa suya fué muy diferente de la mía, ella castigó á un enemigo de Dios, y yo quiero castigar á un enemigo que no sé si lo es mio: á ella le puso el hierro en las manos el amor de

su patria, y á mí me lo pone el de mi esposo! Pero ¿para qué hago yo tan disparatadas comparaciones? ¿Qué tengo que hacer mas, sino cerrar los ojos y envainar el acero en el pecho deste mozo, que tanto será mi venganza mayor, cuanto fuere menor su culpa? Alcance yo renombre de vengadora, y venga lo que viniere: los deseos que se quieren cumplir no reparan en inconvenientes, aunque sean mortales; cumpla yo el mio, y tenga la salida por mi misma muerte: esto dicho, dió traza y orden en cómo aquella noche se encerrase en la estancia de Croriano, donde le dió fácil entrada un criado suyo, traidor por dádivas, aunque él no pensó sino que hacia un gran servicio á su amo llevándole al lecho una tan hermosa mujer como Ruperta, la cual puesta en parte donde no pudo ser vista ni sentida, ofreciendo su suerte al disponer del cielo, sepultada en maravilloso silencio, estuvo esperando la hora de su contento, que le tenía puesto en la de la muerte de Croriano: llevó, para ser instrumento del cruel sacrificio, un agudo cuchillo, que por ser arma mañera y no embarazosa, le pareció ser mas á propósito; llevó asimismo una linterna bien cerrada, en la cual ardía una vela de cera; recogió los espíritus de manera que apenas osaba enviar la respiración al aire. ¿Qué no hace una mujer enojada? Qué montes de dificultades no atropella en sus disimios? Qué enormes crueldades no le parecen blandas y pacíficas? No mas, porque lo que en este caso se podía decir es tanto, que será mejor dejarlo en su punto, pues no se han de hallar palabras con que encarecerlo: llegóse, en fin, la hora, acostóse Croriano, durmióse con el cansancio del camino, y entregóse sin pensamiento de su muerte al reposo.

Con atentos oídos estaba escuchando Ruperta si daba alguna señal Croriano de que durmiese, y aseguráronla que dormía, así el tiempo que había pasado desde que se acostó hasta entónces, como algunos dilatados alientos, que no los dan sino los dormidos; viendo lo cual, sin santiguarse ni invocar ninguna deidad que la ayudase, abrió la linterna, con que quedó claro el aposento, y miró dónde pondría los piés, para que sin tropezar la llevasen al lecho. Ea, bella matadora, dulce enojada, verdugo agradable, ejecuta tu ira, satisface tu enojo, borra y quita del mundo tu agravio, que delante tienes en quien puedes hacerlo; pero mira, ó hermosa Ruperta, si quieres, que no mires á ese hermoso Cupido que vas á descubrir, que se deshará en un punto toda la máquina de tus pensamientos: llegó en fin, y temblándole la mano descubrió el rostro de Croriano, que profundamente dormía, y halló en él la propiedad del escudo de Medusa, que la convirtió en mármol; halló tanta hermosura, que fué bastante á hacerle caer el cuchillo de la mano, y á que diese lugar la consideración del enorme caso que cometer quería: vió que la belleza de Croriano, como hace el sol á la niebla, ahuyentaba las sombras de la muerte que darle quería, y en un instante no le escogió para víctima del cruel sacrificio, sino para holocausto santo de su gusto. ¡Ay, dijo entre sí, generoso mancebo, y cuán mejor eres tú para ser mi esposo, que para ser objeto de mi venganza! ¿Qué culpa tienes tú de la que cometió tu padre? y ¿qué pena se ha de dar á quien no tiene culpa? Gózate, gózate, jóven ilustre, y quédese en mi pecho mi venganza y mi crueldad encerrada que cuando se sepa, mejor nombre me dará el ser

piadosa que vengativa; esto diciendo, ya turbada y arrepentida, se le cayó la linterna de las manos sobre el pecho de Croriano, que despertó con el ardor de la vela: hallóse á oscuras, quiso Ruperta salirse de la estancia, y no acertó por dónde; dió voces Croriano, tomó su espada y saltó del lecho, y andando por el aposento topó con Ruperta, que toda temblando, le dijo: No me mates, ó Croriano, puesto que soy una mujer que no há una hora que quise y pude matarte, y agora me veo en términos de rogarte que no me quites la vida.

En esto entraron sus criados al rumor con luces, y vió Croriano y conoció á la bellísima viuda, como quien ve á la resplandeciente luna, de nubes blancas rodeada. ¿Qué es esto, señora Ruperta, le dijo, son los pasos de la venganza los que hasta aquí os han traído, ó queréis que os pague yo los desafueros que mi padre os hizo? Que este cuchillo que aquí veo ¿qué otra señal es, sino de que habeis venido á ser verdugo de mi vida? Mi padre es ya muerto, y los muertos no pueden dar satisfacción de los agravios que dejan hechos: los vivos sí que pueden recompensarlos, y así yo que represento agora la persona de mi padre, quiero recompensaros la ofensa que él os hizo, lo mejor que pudiere y supiere: pero dejadme primero honestamente tocaros, que quiero ver si sois fantasma que aquí ha venido ó á matarme, ó á engañarme, ó á mejorar mi suerte. Empeoróse la mia, respondió Ruperta, si es que halla modo el cielo como empeorarla; si: entré este día pasado en este meson con alguna memoria tuya; veniste tú á él; no te ví cuando entraste; oí tu nombre, el cual despertó mi cólera y me movió á la venganza; concerté con un criado tuyo que me encerrase esta noche en este aposento; hícele que callase sellándole la boca con algunas dádivas; entré en él, apercíbime deste cuchillo, y acrecenté el deseo de quitarte la vida; sentí que dormías, salí de donde estaba, y á la luz de una linterna que conmigo traía te descubrí y vi tu rostro, que me movió á respeto y á reverencia: de manera que los filos del cuchillo se embotaron, el deseo de mi venganza se deshizo, cayóseme la vela de las manos, despertóte su fuego, diste voces, quedé yo confusa, de donde ha sucedido lo que has visto: yo no quiero mas venganzas ni mas memorias de agravios: vive en paz, que yo quiero ser la primera que haga mercedes por ofensas, si ya no lo son el perdonarte la culpa que no tienes. Señora, respondió Croriano, mi padre quiso casarse contigo, tú no quisiste, él despechado mató á tu esposo; murióse llevando al otro mundo esta ofensa; yo he quedado como parte tan suya para hacer bien por su alma; si quieres que te entregue la mia, recíbeme por tu esposo, si ya como he dicho, no eres fantasma que me engañas; que las grandes venturas vienen de improviso, siempre traen consigo alguna sospecha. Dame esos brazos, respondió Ruperta, y verás, señor, cómo este mi cuerpo no es fantástico, y que el alma que en él te entrego es sencilla, pura y verdadera. Testigos fuéron destos abrazos y de las manos que por esposos se dieron, los criados de Croriano que habían entrado con las luces; triunfó aquella noche la blanda paz desta dura guerra, volviéndose el campo de la batalla en tálamo de desposorio; nació la paz de la ira, de la muerte la vida y del disgusto el contento; amaneció el día, y halló á los recién desposados cada uno en los brazos del otro; levantáronse los peregrinos con deseo de

saber qué habría hecho la lastimada Ruperta con la vengada del hijo de su enemigo, de cuya historia estaban ya bien informados: salió el rumor del nuevo desposorio, y haciendo de los cortesanos, entraron á dar los parabienes á los novios, y al entrar en el aposento vieron salir del de Ruperta el anciano escudero que su historia les había contado, cargado con la caja donde iba la calavera de su primero esposo, y con la camisa y espada que tantas veces había renovado las lágrimas de Ruperta, y dijo que lo llevaba adonde no renovasen otra vez en las glorias presentes pasadas desventuras; murmuró de la facilidad de Ruperta, y en general de todas las mujeres, y el menor vituperio que dellas dijo fué llamarlas antojadizas.

Levantáronse los novios antes que entrasen los peregrinos, regocijéronse los criados, así de Ruperta como de Croriano, y volvióse aquel meson en alcázar real, digno de tan altos desposorios. En fin, Peridoro y Aristela, Constanza y Antonio su hermano hablaron á los desposados y se dieron parte de sus vidas, á lo ménos la que convenía que se diesen.

## CAPITULO XVIII.

Incendio en el meson; saca de él á todos un judiciario llamado Soldino; lívalos á su cueva, donde les pronostica felices sucesos.

En esto estaban, cuando entró por la puerta del meson un hombre, cuya larga y blanca barba mas de ochenta años le daba de edad: venía vestido ni como peregrino, ni como religioso; puesto que lo uno y lo otro parecía; traía la cabeza descubierta, rasa y calva en el medio, y por los lados lenguas y blanquíssimas canas le pendían; sustentaba el agobiado cuerpo sobre un retorcido cayado que de báculo le servía: en efecto, todo él y todas las partes representaban un venerable anciano digno de todo respeto, al cual apenas hubo visto la dueña del meson, cuando hincándose ante él de rodillas, le dijo: Contaré yo este día, padre Soldino, entre los venturosos de mi vida, pues he merecido verte en mi casa; que nunca vienes á ella sino para bien mio; y volviéndose á los circunstantes, prosiguió diciendo: Este monton de nieve y esta estatua de mármol blanco que se mueve, que aquí veis, señores, es la del famoso Soldino, cuya fama no solo en Francia, sino en todas partes de la tierra, se extiende. No me alabeis, buena señora, respondió el anciano, que tal vez la buena fama se engendra de la mala mentira; no la entrada, sino la salida, hace á los hombres venturosos; la virtud que tiene por remate el vicio, no es virtud, sino vicio; pero con todo esto quiero acreditarme con vos en la opinion que de mí teneis; mirad hoy por vuestra casa, porque destas bodas y destos regocijos que en ella se preparan se ha de engendrar un fuego que casi toda la consuma. A lo que dijo Croriano, hablando con Ruperta su esposa: Este sin duda debe de ser mágico ó adivino, pues predice lo por venir.

Entreoyó esta razon el anciano, y respondió: No soy mago ni adivino, sino judiciario, cuya ciencia, si bien se sabe, casi enseña á adivinar: creedme, señores, por esta vez siquiera, y dejad esta estancia, y vamos á la mia, que en una cercana selva que aquí está os dará, si no tan capaz, mas seguro alojamiento. Apenas hubo dicho esto, cuando entró Bartolomé, criado de Antonio, y dijo á voces: Señores, las cocinas se abrasan, porque en la

infinita leña que junto á ellas estaba se ha encendido tal fuego, que muestra no poder apagarle todas las aguas del mar; tras esta voz acudieron las de otros criados, y comenzaron á acreditarlas los estallidos del fuego: la verdad tan manifiesta acreditó las palabras de Soldino; y asiendo en brazos Periandro á Auristela, sin querer ir primero á averiguar si el fuego se podía atajar ó no, dijo á Soldino: Señor, guianos á tu estancia, que el peligro desta ya está manifiesto; lo mismo hizo Antonio con su hermana Constanza y con Feliz Flora, la dama francesa, á quien siguieron Deleasir y Belarminia, y la moza arrepentida de Talavera se asió del cinto de Bartolomé y él del cabestro de su bagaje, y todos juntos con los desposados y con la huésped, que conocía bien las adivinanzas de Soldino, le siguieron, aunque con tardo paso los guiaba; las demas gentes del meson, que no habian estado presentes á las razones de Soldino, quedaron ocupados en matar el fuego; pero presto su furor les dió á entender que trabajaban en vano, ardiendo la casa todo aquel dia; que á cogérles el fuego de noche fuera milagro escapar alguno que contara su furia: llegaron en fin á la selva, donde hallaron una ermita no muy grande, dentro de la cual vieron una puerta que parecia serlo de una cueva oscura; ántes de entrar en la ermita dijo Soldino á todos los que le habian seguido: Estos árboles con su apacible sombra os servirán de dorados techos, y la yerba deste amenísimo prado, si no de muy blancas, á lo ménos de muy blandas camas; yo llevaré conmigo á mi cueva á estos señores, porque les conviene, y no porque los mejore en la estancia, y luego llamó á Periandro, á Auristela, á Constanza, á las tres damas francesas, á Ruperta, á Antonio y á Croriano, y dejando otra mucha gente fuera, se encerró con estos en la cueva, cerrando tras sí la puerta de la ermita y de la cueva.

Viéndose pues Bartolomé y la de Talavera no ser de los escogidos ni llamados de Soldino, ó ya de despecho, ó ya llevados de su lijera condicion, se concertaron los dos, viendo ser tan para en uno, de dejar Bartolomé á sus amos, y la moza sus arrepentimientos; y así aliviaron el bagaje de dos hábitos de peregrinos, y la moza á caballo y el galán á pié, dieron cantonada, ella á sus compasivas señoras, y él á sus honrados dueños, llevando en la intencion de ir tambien á Roma, como iban todos. Otra vez se ha dicho, que no todas las acciones verisímiles ni probables se han de contar en las historias, porque si no se les da crédito pierden de su valor; pero al historiador no le conviene mas de decir la verdad, parézcalo ó no le parezca; con esta máxima pues el que escribió esta historia dice, que Soldino con todo aquel escuadrón de damas y caballeros bajó por las gradas de la oscura cueva, y á ménos de ochenta gradas se descubrió el cielo luciente y claro, y se vieron unos amenos y tendidos prados que entretenian la vista y alegraban las almas; y haciendo Soldino rueda de los que con él habian bajado, les dijo: Señores, esto no es encantamento, y esta cueva por donde aquí hemos venido, no sirve sino de atajo para llegar desde allá arriba á este valle que veis que una legua de aquí tiene mas fácil, mas llana y mas apacible entrada; yo levanté aquella ermita, y con mis brazos y con mi continuo trabajo cavé la cueva y hice mio este valle, cuyas aguas y cuyos frutos con prodigalidad me sustentan; aquí huyendo de la guerra, hallé la paz; la hambre que en ese mundo de allá arriba,

si así se puede decir, tenia, halló aquí á la hartura; aquí en lugar de los principes y monarcas que mandaban en el mundo, á quien yo servia, he hallado á estos árboles mudos, que aunque altos y pomposos son humildes; aquí no suena en mis oídos el desden de los emperadores, el enfado de sus ministros; aquí no veo dama que me desdeñe, ni criado que mal me sirva; aquí soy yo señor de mi mismo; aquí tengo mi alma en mi palma, y aquí por via recta encamino mis pensamientos y mis deseos al cielo; aquí he dado fin al estudio de las matemáticas, he contemplado el curso de las estrellas y el movimiento del sol y de la luna; aquí he hallado causas para alegrarme y causas para entristecerme, que aunque están por venir, serán ciertas, segun yo pienso, que corren parejas con la misma verdad; agora, agora como presente veo quitar la cabeza á un valiente pirata un valeroso manco de la casa de Austria nacido: ¡oh si le viésedes, como yo le veo, arrastrando estandartes por el agua, bañando con menosprecio sus medias lunas, pelando su luengas colas de caballos, abrasando bajeles, despedazando cuerpos y quitando vidas! Pero ¡ay de mí, que me hace entristecer otro coronado jóven, tendido en la seca arena, de mil moras lanzas atravesado, el uno nieto y el otro hijo del rayo espantoso de la guerra, jamas como se debe alabado Carlos Quinto, á quien yo serví muchos años y serviría hasta que la vida se me acabara, si no lo estorbaba el querer mudar la milicia mortal en la divina! Aquí estoy, donde sin libros, con sola la experiencia que he adquirido con el tiempo de mi soledad, te digo, ó Croriano (y en saber yo tu nombre sin haberte visto jamas me acreditaré contigo) ¡que gozarás de tu Ruperta largos años, y á tí, Periandro, te aseguro buen suceso de tu peregrinacion; tu hermana Auristela no lo será presto, y no porque ha de perder la vida con brevedad; á tí, ó Constanza, subirás de condesa á duquesa, y tu hermano Antonio al grado que su valor merece. Estas señoras francesas, aunque no consigan los deseos que agora tienen, conseguirán otros que las honren y contenten: el haber pronosticado el fuego, el saber vuestros nombres sin haberos visto jamas, las muertes que he dicho que he visto ántes que vengan, os podrán mover si quereis á creerme, y mas cuando halleis ser verdad que vuestro mozo Bartolomé con el bagaje y con la moza castellana se ha ido y os ha dejado á pié: no le sigais, porque no le alcanzaréis; la moza es mas del suelo que del cielo, y quiere seguir su inclinacion á despecho y pesar de vuestros consejos; español soy, que me obliga á ser cortés y á ser verdadero; con la cortesía os ofrezco cuanto estos prados me ofrecen, y con la verdad á la experiencia de todo cuanto os he dicho; si os maravillare de ver á un español en esta ajena tierra, advertid, que hay sitios y lugares en el mundo saludables mas que otros, y este en que estamos lo es para mí mas que ninguno: las alquerías, caserías y lugares que hay por estos contornos, las habitan gentes católicas y santas; cuando conviene recibo los sacramentos, y busco lo que no pueden ofrecer los campos para pasar la humana vida: esta es la que tengo, de la cual pienso salir á la siempre duradera; y por agora no mas, sino vámonos arriba, darémos sustento á los cuerpos como aquí abajo le hemos dado á las almas.

## CAPITULO XIX.

Salen de la cueva de Soldino; prosiguen su jornada pasando por Milan, y llegan á Luca.

Aderezóse la pobre, mas que limpia comida, aunque fué muy limpia, cosa no muy nueva para los cuatro peregrinos, que se acordaron entónces de la isla bárbara y de las Ermitas, donde quedó Rutilio y adonde ellos comieron de los ya sazoados, y ya no, frutos de los árboles: tambien se les vino á la memoria la profecía falsa de los isleños y las muchas de Mauricio, con las moriscas del jdraque, y últimamente con las del español Soldino, pareciales que andaban rodeados de adivinanzas y méidos hasta el alma en la judiciaria astrología, que á no ser acreditada con la experiencia, con dificultad le dieran crédito. Acabóse la breve comida, salió Soldino con todos los que con él estaban al camino, para despedirse dellos, y en él echaron ménos á la moza castellana y á Bartolomé el del bagaje, cuya falta no dió poca pesadumbre á los cuatro, porque les faltaba el dinero y la reposteria; mostró congojarse Antonio, y quiso adelantarse á buscarle, porque bien se imaginó que la moza le llevaba, ó él llevaba á la moza, ó por mejor decir, el uno se llevaba al otro; pero Soldino le dijo que no tuviese pena, ni se moviese á buscarlos, porque otro dia volveria su criado arreptido del hurto, y entregaria cuanto habia llevado; creyéronlo, y así no curó Antonio de buscarle, y mas que Feliz Flora ofreció á Antonio de prestarle cuanto hubiese menester para su gasto y el de sus compañeros desde allí á Roma, á cuya liberal oferta se mostró Antonio agradecido lo posible, y aun se ofreció de darle prenda que cupiese en el puño, y en el valor pasase de cincuenta mil ducados; y esto fué pensando de darle una de las dos perlas de Auristela, que con la cruz de diamantes, guardadas siempre consigo las traia. No se atrevió Feliz Flora á crear la cantidad del valor de la prenda; pero atrevióse á volver á hacer el ofrecimiento hecho.

Estando en esto, vieron venir por el camino y pasar por delante dellos hasta ocho personas á caballo, entre las cuales iba una mujer sentada en un rico sillón y sobre una mula, vestida de camino, toda de verde, hasta el sombrero, que con ricas y varias plumas azotaba el aire, con un antifaz asimismo verde cubierto el rostro; pasaron por delante dellos, y con bajar las cabezas, sin hablar palabra alguna, los saludaron y pasaron de largo; los del camino tampoco hablaron palabra, y al mismo modo les saludaron; quedábase atrás uno de los de la compañía, y llegándose á ellos, pidió por cortesía un poco de agua: diéronsele y preguntáronle qué gente era la que iba allí delante, y qué dama la de lo verde. A lo que el caminante respondió: El que allí adelante va es el señor Alejandro Castrucho, gentilhombre capuano, y uno de los ricos varones, no solo de Capua, sino de todo el reino de Nápoles; la dama es su sobrina, la señora Isabela Castrucho, que nació en España, donde dejó enterrado á su padre, por cuya muerte su tío la lleva á casar á Capua, y á lo que yo creo, no muy contenta. Eso será, respondió el escudero enlutado de Ruperta, no porque va á casarse, sino porque el camino es largo; que yo para mí tengo, que no hay mujer que no desee enterarse con la mitad que le falta, que es la del marido. No sé esas filosofías, respondió el caminante, solo sé que va triste, y la causa ella se la sabe; y adios quedad, que es mucha la

ventaja que mis dueños me llevan; y picando aprieta se les fué de la vista, y ellos despidiéndose de Soldino le abrazaron y le dejaron. Olvidábase de decir, cómo Soldino habia aconsejado á las damas francesas que siguiesen el camino derecho de Roma, sin torcerle para entrar en Paris, porque así les convenia: este consejo fué para ellas, como si se le dijera un oráculo, y así con parecer de los peregrinos determinaron de salir de Francia por el Delfinado, y atravesando el Piamonte y el estado de Milan, ver á Florencia y luego á Roma. Tanteado pues este camino, con propósito de alargar algun tanto mas las jornadas que hasta allí caminaron, otro dia al romper del alba, vieron venir hácia ellos al tenido por ladrón, Bartolomé el bagajero, detras de su bagaje, y él vestido como peregrino; todos gritaron, cuando le conocieron, y los mas le preguntaron qué huida habia sido la suya, qué traje aquel y qué vuelta aquella. A lo que él hincado de rodillas delante de Constanza, casi llorando, respondió á todos: Mi huida no sé cómo fué, mi traje ya veis que es de peregrino, mi vuelta es á restituír lo que quiza y sin quiza en vuestras imaginaciones me tenia quitado por ladrón; aquí, señora Constanza, viene el bagaje con todo aquello que en él estaba, excepto dos vestidos de peregrinos, que el uno es este que yo traigo, y el otro queda haciendo romera á la ramera de Talavera, que doy yo al diablo al amor y al bellaco que me lo enseñó; y es lo peor que lo conozco, y determino ser soldado debajo de su bandera, porque no siento fuerzas que se opongan á las que hace el gusto con los que poco saben; écheme vuesa merced su bendicion, y déjeme volver, que me espera Luisa; y advierta que vuelvo sin blanca, fiado en el donaire de mi moza, mas que en la lijereza de mis manos, que nunca fueron ladronas, ni lo serán, si Dios me guarda el juicio, si viviese mil siglos.

Muchas razones le dijo Periandro para estorbarle su mal propósito, muchas le dijo Auristela y muchas mas Constanza y Antonio; pero todo fué, como dicen, dar voces al viento y predicar en desierto: limpióse Bartolomé sus lágrimas, dejó su bagaje, volvió las espaldas y partió en un vuelo, dejando á todos admirados de su amor y de su simpleza. Antonio, viéndole partir tan de carrera, puso una flecha en su arco, que jamas la disparó en vano, con intencion de atravesarle de parte á parte y sacarle del pecho el amor y la locura; mas Feliz Flora, que pocas veces se le apartaba del lado, le trabó del arco, diciéndole: Déjale, Antonio, que harta mala ventura lleva en ir á poder y á sujetarse al yugo de una mujer loca. Bien dices, señora, respondió Antonio, y pues tú le das la vida, ¿quién ha de ser poderoso á quitársela? Finalmente, muchos dias caminaron sin sucederles cosa digna de ser contada: entraron en Milan, admiróles la grandeza de la ciudad, su infinita riqueza, sus oros, que allí no solamente hay oro, sino oros; sus bélicas herrerías, que no parece sino que allí ha pasado las suyas Vulcano; la abundancia infinita de sus frutos, la grandeza de sus templos, y finalmente la agudeza del ingenio de sus moradores: oyeron decir á un huésped suyo, que lo mas que habia que ver en aquella ciudad, era la academia de los entronados, que estaba adornada de eminentísimos académicos, cuyos sutiles entendimientos daban que hacer á la fama á todas horas y por todas las partes del mundo; dijo tambien, que aquel dia